

El oficio del investigador en la Historia Económica

Salomón Kalmanovitz*

Introducción

Agradezco la invitación de Fernando Zalamea para hablar desde un punto de vista personal de los avatares del oficio de investigador en historia económica colombiana. Creo que el investigador comienza por tener un talante inconforme y, por lo tanto, crítico. Algún problema —comenzando por el universo pero abarcando todos los ámbitos de la vida individual y social— lo ha embargado y obsesionado. Debe remitirse a las raíces, a los orígenes de los problemas para encontrarles una solución. Es un estado del alma sombrío, una preocupación permanente que lo lanza a una búsqueda. En el caso de las ciencias sociales hay un resquemor político en algún momento que conduce al individuo a justificar la sociedad —si la siente amenazada y la quiere— o cuestionarla, si es que se siente oprimido en ella. En todos los casos, está el llamado, la vocación, lo que en otros tiempos era casi exclusivamente el llamado religioso. Es un compromiso de vida con una ciencia o una profesión, adoptando ciertas reglas de austeridad, rigor y disciplina, un ascetismo académico, que es lo que hace posible que una persona le dedique tanto tiempo a servir su objeto del conocimiento, sin consideración especial por lograr un reconocimiento material. En el fondo, sin embargo, hay también una sed, a veces insaciable, de trascendencia frente a uno o varios públicos. Max Weber dice que la vanidad es “una enfermedad ocupacional” en los círculos académicos y de investigadores.¹

*Economista, Profesor Titular Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional. Codirector Banco de la República- Artículo cedido especialmente para la *Revista Colombiana de Sociología*.

¹ W.G. Runciman (edi.), *Weber, Selections in Translation*, Cambridge University Press, 1978, p. 213.

En el caso del historiador económico es especialmente manifiesta la búsqueda de los principios, desde que se remite al pasado para poder explicar el presente. Yo soy un caso, porque necesité remitirme casi al principio de los tiempos para encontrar respuestas sobre los problemas que padecen la economía y la sociedad colombianas. Quise comenzar exactamente en el momento de la Conquista, en mis primeros trabajos, aduciendo que la nueva sociedad fundada era cualitativa y materialmente diferente a la del conquistador y por lo tanto no se le debía gastar esfuerzo analítico, para reconsiderar casi 30 años más tarde que las instituciones españolas dejaron un pesado legado sobre las instituciones, las ideologías y el devenir de sus colonias; y había que considerarlas, lo que estoy trabajando en la actualidad. Esto da una idea de que concibo el oficio como abarcando una totalidad, a pesar de que entiendo muy bien que la investigación debe ser especializada y centrada en objetos limitados. Quizás se pueda decir que en ciertos momentos del desarrollo de una disciplina académica se requieren grandes trabajos que sientan las condiciones para su normalización, entendiéndolo por esta una comunidad que se divide el trabajo y va avanzando más lentamente hacia objetivos más limitados, menos apremiantes.

Vocación y educación

En el bachillerato pensé que mi vocación sería la química porque me gustaba hacer experimentos y compraba libros que me instrúan en como obtener diversos resultados. Era un mundo muy estrecho el de Barranquilla en 1960, donde las únicas opciones eran ingenierías, medicina o derecho. Me fui por la ingeniería química para encontrarme que las matemáticas me eran comprensibles pero no tenía la fuerza ni la disciplina para poderlas aprobar de una sola vez. Había pocos experimentos en la carrera y más bien había que conocer los distintos procesos de fabricación de compuestos, así que me vi desmotivado y no sabía qué hacer con mi vida. Comencé a interesarme por la política intensa que se vivía en la UIS en 1962 y 1963, con un movimiento estudiantil del que eventualmente salieron muchos a militar en el incipiente ELN. Yo por mi condición de clase media y de judío no me atreví a participar abiertamente en ese movimiento.

Afortunadamente, mis padres, muy preocupados, decidieron enviarme a estudiar a los Estados Unidos, algo a lo que siempre había aspirado. Al poco tiempo de llegar comencé a examinar la posibilidad de abandonar la ingeniería. Lo primero que me impactó fue que las opciones que tenía un bachiller norteamericano eran muchísimas: todas las artes, las ciencias básicas, las ciencias sociales, las llamadas humanidades, de la literatura al periodismo y a la

filosofía. Y el college de artes liberales es un sistema sabio que permite que el pregrado sea una oportunidad para encontrar la vocación de cada persona, permitiéndole tomar materias de distintas disciplinas, mientras que la especialización es una función de los postgrados.

Yo me fui por la filosofía que parecía ofrecer respuestas a la incertidumbre que me envolvía, quizás también porque las facultades de filosofía expresaban articuladamente la gran insatisfacción de la juventud norteamericana con la guerra en Vietnam y fue donde se cocinaron las primeras revueltas por la libertad de expresión y de movilización. Era una atmósfera muy intensa de discusión, lectura, descubrimiento y reinterpretación cuyos resultados eran llevados a la acción política. También tomé cursos de historia, de ciencia política, sociología y pude desarrollar un área secundaria en economía con varios cursos tomados en esta disciplina.

En esta atmósfera libérrima perdí las amarras burguesas, religiosas, familiares y nacionales. Comencé a militar en diversos frentes, primero a distancia —porque era un estudiante extranjero y me podían deportar— después me fui acercando más y más hacia el activismo. En 1967 me gradué y me fui a Nueva York al New School que era la escuela más izquierdista que había y que otorgaba títulos de postgrado en los Estados Unidos. Había sido fundado por personalidades liberales estadounidenses para los emigrados del fascismo alemán, italiano y francés en las áreas de filosofía y ciencias sociales.

Ya había escogido la economía porque me permitía profundizar en el marxismo que había estudiado en sus fuentes y expresiones filosóficas, me daba además la llave para practicar una profesión que debía ser muy útil para Colombia subdesarrollada y, no menos importante, me permitiría independizarme de mis padres. Pero siempre tomé muy en serio todo lo que leía que fue de lo más variado: Kant, Hegel y sobre todo los existencialistas (Heidegger y Sartre), Marcuse, los pragmáticos norteamericanos, Pierce y James, y filosofía de la religión en el pregrado. En el New School estudié la teoría ortodoxa de los mercados, incluyendo Friedman y los textos regulares enseñados en todas partes, Keynes y sus seguidores en los Estados Unidos o sea lo que un profesor llamaba la caja de herramientas de la disciplina. Emulé a los marxistas anglosajones (entre otros a Perry Anderson y Geoff Hodgson) que me parecieron más serios y profundos que los marxistas soviéticos o sobre todo a los franceses que tendían hacia la gran especulación estructural, desentendiéndose de la realidad y de los datos. El sistema educativo es muy libre y al mismo tiempo enormemente exigente. Hay que leer toneladas y la mayor parte de la evaluación se basa en ensayos que deben estar rigurosamente escritos.

En Nueva York colaboré con la Organización de Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS), con un periódico de la Escuela que se llamaba *Granpa* y con un grupo de colombianos con quien publicamos *La Gaceta Chibcha*. Me entusiasmé mucho por el trabajo que se hacía en Colombia alrededor de Estanislao Zuleta y Mario Arrubla, sobre todo con éste que respondía mejor a mi inclinación ya mucho más especializada por la economía. Mi aspiración era alcanzar a ser su par, completar sus *Ensayos sobre el subdesarrollo colombiano*, utilizando los esquemas marxistas de reproducción, mejorados por la economía contemporánea.

Fui internalizando las reglas de la investigación académica y siempre las apliqué a lo que fuera más de orden político o ideológico: compilar todo lo que se ha escrito sobre el tema, deliberar sobre los argumentos escritos y no sobre las personas, no abusar de los adjetivos, citar las fuentes, probar los argumentos teórica y empíricamente. A veces recurrí a términos o insultos empleados por Marx, otros de cosecha propia, en los ensayos más políticos, de lo cual claro que me arrepiento. En todo caso hubo una tensión permanente entre las demandas del académico en búsqueda de la objetividad y las pasiones políticas. Aunque yo me reconozco como un ideólogo en una parte de mi trabajo, no dejé de buscar verdades que surgían de lo que iba analizando y cuando mi grupo político quería que dijera algo que me parecía dudoso me rehusaba a hacerlo, aunque en más de una ocasión me correspondió auto-silenciarme. Así mantuve posiciones independientes frente a las teorías de la dependencia y del estancamiento económico latinoamericanos, a las que critique contundentemente, a pesar de que eran los distintivos del Bloque Socialista en sus inicios. Eventualmente estas teorías se derrumbaron solas porque no podían dar cuenta de los variados fenómenos que acompañaron el desarrollo capitalista de América Latina. Creo que si no hubiera luchado contra la politización de la investigación, mi obra no hubiera podido defenderse en el tiempo, y le hubiera pasado lo mismo que a la mayor parte de la literatura izquierdista escrita durante los setenta, que hoy está simplemente olvidada.

El aterrizaje y la política

Llegué a Colombia en 1970 contratado por la Editorial La Oveja Negra. Me vinculé inmediatamente de cátedra al departamento de Economía de la Universidad Nacional. Quedé de vecino de Jorge Orlando Melo en La Candelaria y me acuerdo consultándole un proyecto muy loco de historia económica de Colombia desde la Colonia hasta nuestros días, en el que ya tenía un borrador con las hipótesis fundamentales para el primer capítulo. Él me lo tachó bastante y me dio la bibliografía que tenía que analizar primero antes de seguir con las tales hipótesis.

En ese momento el texto básico de historia era el de Henao y Arrubla, escrita en 1910 y que incluso contaba con una traducción al Inglés. La Academia Colombiana de Historia congregaba a juristas, militares retirados, sacerdotes, políticos de la oligarquía y se sentía dueña de la disciplina por ley. Su *Historia extensa de Colombia* era una obra abierta a la que cada tanto se le añadían tomos. Muy pocos de sus miembros habían estudiado historia como disciplina académica, desconocían las corrientes internacionales y escogían sus temas ya fuera por recordar a un pariente, destacar un hecho militar o religioso, o hacer un catálogo presidencial con sus obras públicas principales, o finalmente un listado de medidas de hacienda. Esa versión de la historia reflejaba la hegemonía conservadora que surgió después de 1886 que consideró además a la gramática castellana como la ciencia madre de todas las ciencias.

Mi primer trabajo fue una crítica al ensayo de Mario Arrubla sobre los esquemas de reproducción simple de la economía colombiana, porque eran estáticos y con un instrumental predeterminado cómo el que él empleaba no se podía probar que la economía era incapaz de su reproducción simple. Había leído el volumen II de *El Capital*, donde Marx desarrolla el tema en escala ampliada y había tenido un profesor alemán, Adolph Lowe, quien había diseñado unos esquemas de reproducción también ampliados que llevan la contabilidad del acervo de capital y la depreciación del mismo y que tenían variables keynesianas como el ahorro y la inversión. Contenían tres departamentos, uno de bienes de capital para hacer bienes de capital, otro de bienes de capital y uno de bienes de consumo. Mi crítica cayó estruendosamente sobre un trabajo que se había convertido en un gran éxito de ventas en economía en el país y los creyentes se debatían inconsolables. En Antioquia fue como si les hubiera asesinado al padre. La dejé circular un buen tiempo en mimeógrafo pero los comunistas la retomaron, en boca de Nicolás Buenaventura, para criticarnos a los trotskistas y entonces salí lanza en ristre contra ellos y lo publiqué en *Ideología y Sociedad*, No. 10, de 1973.

En 1971 entré en el Dane, en Seprocol y junto a Alberto Corchuelo, Gabriel Misas, Camilo González Posso y Jorge Villegas, allí se hizo un trabajo pionero muy importante sobre la industria, la historia y la agricultura colombianos. A mí me tocó este tema y lo desarrollé en términos de las estadísticas del propio Dane y todas las otras disponibles, teniendo como trasfondo el movimiento de usuarios campesinos a los que nuestro grupo alcanzaba a darle cierta línea. Me había sumergido en el tema antes, pues mi primera publicación la hice en la *Revista de la UN* en 1971 y se llamaba "La teoría marxista de la renta" que era una lectura de textos originales, el volumen III de *El Capital*, de la *Historia crítica de la plusvalía* más unos textos leninistas y los de los populistas rusos al respecto.

De tal modo que mi ensayo era lo más completo que se conseguía sobre el tema y fue material de estudio de muchos grupos de todos los pelambres. Me acuerdo que en el Bloque Socialista había un jefecillo iluminado y conductor de la revolución que organizó un seminario de militantes que utilizaba este artículo de texto, pero impidió que me invitaran.

Simultáneamente escribía mi ensayo sobre historia agraria colonial que era un modelaje económico y de población de la Nueva Granada. Las formas de servidumbre que encontré, siendo opuestas en 1932-1934, en las haciendas cafeteras del Sumapaz por el movimiento campesino se delineaban en la consolidación de las haciendas hacia el siglo XVIII. Ese texto salió junto con otros de Jorge Orlando Melo y Germán Colmenares en *Ideología y Sociedad*, No. 13 y me acuerdo que hicimos un tiraje de 5000 ejemplares y todos volaron. Eso era un registro para la época pues un libro exitoso alcanzaba a duras penas un tiraje de 3.000 ejemplares, cuando en los años sesenta era difícil tirar más de 1.000 ejemplares de cualquier cosa.

Mi estudio sobre la ganadería y la agricultura fue saliendo rápidamente en varias entregas del *Boletín de Estadística del Dane* entre 1973 y 1975 y logré de alguna manera fusionar los resultados de los estudios que se habían hecho en el país, sobre todo una tesis doctoral muy buena de la Universidad de Yale de Albert Berry que alcanzaba a cubrir hasta 1965. Pude contar además con todos los datos que habían surgido del Censo Agropecuario de 1970 y los que yo había calculado con base en las variaciones de precios del sector. De alguna manera, le quité espacio al texto de Berry que iba a ser editado en el país pero nunca lo fue y mi texto, recopilado ya como libro en 1976, bajo el título de *El desarrollo de la agricultura en Colombia*, no tuvo competencia. Tenía un capítulo histórico que señalaba el desarrollo agrario desde los años 20 hasta los cincuenta de este siglo. En una nueva edición del libro le metí en un capítulo final toda una retahíla política sobre el movimiento campesino que casi se tira el libro. Este se defiende por el acervo estadístico que contiene y por el análisis de los datos en perspectiva histórica. El libro tuvo muchas ediciones pero dejó de reeditarse en los años noventa.

Cuando volví a la UN en 1975, después de ser echado en 1972, ahora de tiempo completo, los evaluadores de mi posición académica en la Facultad de Ciencias Humanas no evaluaron mi experiencia investigativa ni las publicaciones que la comprobaban. Ellos eran muy autosuficientes y pensaban que uno había estado en la burocracia pública y debía ser, por lo tanto, una corbata, así que no contaron 4 años de mi vida que habían sido muy intensos y fructíferos. Por lo general, la condición para entrar como profesor a la UN era haber sido un buen estudiante, y su profesor lograba meterlo en la nómina, mientras que yo venía de

bien afuera, tenía un título del país imperialista y era por lo tanto distinto. Quizás me consideraban demasiada competencia. Decía además que no era de la Nacional, afortunadamente. Claro que me bajaron el sueldo. Me había vuelto una especie de máquina que trabajaba noches y fines de semana no sólo en la investigación del Dane sino en traducciones o en artículos para la prensa revolucionaria y para la revista ideológica, con esta fiebre que tuve que atemperar en la medida en que tenía una familia y otras obligaciones.

En la UN los estudiantes leían poco y había fobia contra el aprendizaje del Inglés. Toda la evaluación se basaba en los exámenes y en los tests, o sea que privilegiaban las capacidades de desarrollar la memoria y no el pensamiento. Se dictaban 9 y 10 cursos por semestre a cada estudiante, todas obligatorias, y en cada uno de ellos importaba lo que decía el profesor en clase. Había muchos profesores cuchilla que no enseñaban los elementos básicos de la disciplina. Hubo pues que revolver el sistema y se pudo lograr reformarlo a favor de la intensificación de las lecturas, tanto de los clásicos como de los textos y trabajos contemporáneos e introduciendo el ensayo como una forma mucho más adecuada de evaluar las capacidades de los estudiantes. Se redujo el número de materias vistas por semestre y se introdujeron electivas para desarrollar el sentido de la responsabilidad en los estudiantes que debían decidir en qué dirección se desarrollaban. Las matemáticas también se simplificaron pero se intensificaron. El Inglés se fue introduciendo lenta y penosamente pero después los mismos estudiantes entendieron la necesidad que tenían de leerlo y entrar en contacto con la producción del conocimiento económico e histórico.

En 1976 Mario Arrubla me invitó muy generosamente a participar en el *Colombia hoy* que estaba editando con un artículo sobre la cuestión agraria, que resultó ser otro libro de grandes ventas. Yo quiero dar fe de que no es fácil, en el mundo intelectual en general y en el colombiano en particular, encontrar una persona que sea criticada por otra y venga y la invite a participar en una empresa que es una gran oportunidad. Medófilo Medina alguna vez me comentó que en el fondo la posición de este artículo no era muy distinta a la del Partido Comunista y eso me puso a pensar hasta qué punto yo participaba en una conciencia colectiva, parte de un movimiento social amplio, en el cual actuaba para reafirmar la fe de los activistas y qué me pasa cuando me coloco en oposición a esa conciencia, como me está sucediendo en la actualidad, sintiendo que mis planteamientos no son bienvenidos como lo eran antes y ganándome reacciones rabiosas de los fieles.

En 1977 Jaime Jaramillo Uribe me propuso escribir un capítulo sobre la agricultura en el siglo XIX para el *Manual de historia de Colombia* que se le

había encargado editar y este se volvió un texto básico que terminó por barrer a la *Historia extensa de Colombia* de la Academia Colombiana de Historia.² Esta era una asociación de personajes hirsutos, muchos de ellos escribían sobre sus ancestros, a la manera de una historia patria o patriótica, historia de próceres, mártires y batallas, la que era entendida como una apología de los legados hispánico católicos y que desconocía las ciencias sociales, la estadística y las formas especializadas de hacer historia que surgen en Occidente en el siglo XX.

El lento abandono de la política

En 1978 comencé a dejar la política. Al año siguiente me invitaron a Inglaterra a investigar por un año. Fue la primera vez que tuve mi tiempo completamente dedicado a la investigación y pude reunir una serie de artículos y hacer unos capítulos nuevos que aparecieron en el libro *El desarrollo tardío del capitalismo, una crítica a la teoría de la dependencia*, ya en 1983. Ahí reconocía mi deuda con Arrubla porque en verdad él había planteado las preguntas sobre la posibilidad de la reproducción ampliada del capital —hacer las preguntas pertinentes es lo que verdaderamente importa en la ciencia— y yo me había reducido a encontrar respuestas distintas a las suyas. En el mundo anglosajón era muy popular el paradigma dependentista, de tal modo que mi crítica fue rechazada airadamente por mis anfitriones y no conseguí publicar mis ideas en Inglés. En el libro elaboro más teóricamente las ideas expuestas antes pero encerrado en una reafirmación sectaria del marxismo, precisamente en la etapa de transición en que ya había abandonado la militancia política. Esa es una reacción psicológica interesante en la que se pierde el norte en la vida política y la reacción es aferrarse al pasado ideológico, fase de la cual no han salido todavía varios compañeros de mi generación.

El estilo es bastante farragoso, la argumentación compleja, por encima de la capacidad de mi público anterior de absorberla, y hay varias formalizaciones matemáticas que lo hacen más difícil de leer. Se trata de generalizar los hallazgos del análisis para Colombia a la América Latina, lo que resulta arriesgado y bastante especulativo. El primer capítulo es sin embargo un ensayo filosófico sobre el método en el que todavía me afirmo o sea básicamente considerar que los problemas surgen dentro de una historia nacional y no tiene sentido la actitud infantil de adscribir todas las responsabilidades a agentes externos. Castigo duramente al monetarismo pero aun siendo sectario, orientado por el cisma

²Jorge Orlando Melo, "Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial", *Revista de Estudios Sociales*, No. 4, Bogotá, 1999.

irreconciliable entre el capital y el trabajo y con todas las maldades del lado del capital, lo entiendo como necesario para el desarrollo capitalista y no de la forma simple como lo maneja hoy la izquierda con su posición repetitiva contra el neoliberalismo. Rediseñé los esquemas de reproducción con tres departamentos, llamando el primero a las exportaciones que financiaban las importaciones de medios de producción —equivalente al sector de Lowe que fabricaba bienes de capital para financiar bienes de capital—, el de medios de producción y el de medios de consumo.

El libro tuvo una modesta edición por Siglo XXI Editores y murió después de eso. La discusión latinoamericana era muy limitada cuando se tomaba una mayor distancia académica de la política y se recurría a la formalización matemática. En el país tampoco hubo un debate serio sino que se fue aceptando que no había un estancamiento económico de largo plazo. Sin embargo, quien quiera entender la argumentación más compleja de mis ideas deberá estudiar esta obra. El investigador se verá obligado la mayor parte del tiempo a escribir en lenguaje complejo y propio de su especialización para la comunidad de iniciados y sólo en algunas ocasiones tendrá la oportunidad, que yo busqué y tuve, de escribir para públicos más amplios. En todo caso es un tema muy importante para el investigador que frecuentemente desprecia el lenguaje y la comunicación y se dice así mismo que son los otros los que deben hacer el esfuerzo por entenderlo. Pero la claridad en el lenguaje también refleja cierta claridad mental y es importante que el investigador comunique claramente sus ideas no sólo a sus colegas sino también a un público más grande de aficionados, estudiantes, etc. y no permitir que estos públicos sean colonizados por charlatanes que es lo que sucede frecuentemente.

De vuelta al país en 1980 conseguí una financiación de medio tiempo de Colciencias, muy modesta por cierto, y me propuse a escribir una historia agraria que ya tenía escrita en algunos períodos claves. En la medida en que progresaba me di cuenta que podía ser más ambicioso y aproximarme a elaborar un texto de historia económica general, así que tome lo que tenía, lo fui ampliando y elaboré las partes nuevas con el esquema más completo. Me empeñé en ser bastante literario tratando de hacer una historia que fuera inteligible a la vez y un placer de leer para el público universitario. Finalmente en 1985 el libro vio la luz, después de 15 años de haberle planteado a Melo en La Candelaria la idea de una historia económica. Algún crítico de la Facultad de Ciencias Humanas advirtió tajantemente en una evaluación, que eventualmente hizo conocer, que el libro reunía unos ensayos publicados previamente y por lo tanto no debía recibir puntos. Otros jurados admitieron que había varios capítulos no publicados antes y que los otros habían sido ampliados en búsqueda de una unidad.

Es un trabajo gestado durante demasiado tiempo, y eso quiere decir que atraviesa varias fases ideológicas, lo que le resta algo de esa unidad. Sin embargo, también se aprecia que el análisis comienza bastante esquemático y materialista y se va enriqueciendo en los capítulos siguientes con más elementos sociales, políticos y psicológicos. Se trata de una gran síntesis de los trabajos de los pioneros, Jaime Jaramillo Uribe, Juan Friede, Germán Colmenares y Jorge Orlando Melo, una discusión con la obra de Nieto Arteta, el enfoque neo-estructuralista de José Antonio Ocampo sobre su historia del comercio internacional colombiano durante el siglo XIX y una sistematización estadística de la economía en el siglo XX con aportes originales en los estudios sobre industria, agricultura y política económica contemporáneos. Yo en verdad no he entrado a hacer un trabajo de campo que arrojará muchas más novedades que una interpretación de la historia, como lo fueran los trabajos de Jaime Jaramillo Uribe y Germán Colmenares. Pero considero que esa interpretación es de por sí una contribución que puede ayudar a los especialistas, haciéndolos conscientes de otras problemáticas poblacionales, económicas, institucionales y políticas de la historia del país.

Pero yo defiendo mucho la forma anglosajona de trabajar, que me parece muy eficiente, de escribir y publicar unos "papers" que obedecen a cierto plan previo y después cuadrar un libro, sin tener que esperar muchos años de silencio académico. Es especialmente fructífera en Colombia, donde las condiciones académicas precarias no financian adecuadamente la investigación básica, por lo cual se ve forzado a abandonar frecuentemente la investigación para conseguir la platica del diario. La mayor parte de profesores se dedica 25 años a un trabajo y lo publica si acaso 5 antes de retirarse y nadie pregunta si publica o no, o si tiene la capacidad para investigar y hacerlo. En Colombia se han introducido muchos incentivos positivos a la investigación, como los puntos por publicaciones, lo que en muchas universidades ha conducido a la llana y simple corrupción, pero no lo que podría ser incentivos negativos en la forma de un lema fundamental de un sistema meritocrático y selectivo: "investigue y publique o muera". A eso no le jalen los sindicatos profesoriales.

En 1986 publiqué junto con mi esposa una versión de la historia económica para el bachillerato, 9o. grado, y ella, que era periodista, le dio un estilo grácil. Ahora no estoy muy seguro si el texto fue bueno en el sentido pedagógico y si logró interesar a los estudiantes en el tema, que era lo que se buscaba, porque al parecer los maestros tenían dificultad en interpretarlo. El texto fue cuestionado por *El Siglo* y la Academia de Historia. El primero editorializó sobre mi sangre apátrida y el segundo pidió que se le devolviera su atribución para fijar los contenidos de los textos de historia que siempre había mantenido por ley. Según

ellos, mi texto no era una historia patria y yo estoy en pleno acuerdo al respecto. El gobierno Barco no les hizo caso, el libro se vendió mucho más gracias al escándalo, la verdadera profesión de historiadores me defendió y *El Siglo* le pidió excusas públicas a la comunidad judía, no dejando de afirmar que de todas maneras yo era un comunista. Sylvia y yo nos sentimos muy bien porque ganábamos bastante dinero con el texto que vendía unos 15 mil ejemplares por año y las otras editoriales ya estaban y siguieron encargando sus textos a los nuevos historiadores, así que se terminó de desplazar a los historiadores conservadores del campo educativo, en una batalla en la que ganó la verdadera academia moderna contra la política del poder tradicional en Colombia. Más adelante se cambió el currículo y el libro fue repartido en los cuatro grados en que se ofrece historia pero ya así perdió su unidad. A esto es a lo que me refiero cuando digo que el momento exigía trabajos en historia de amplio alcance porque se trataba de desplazar a una ideología de hacer historia que había imperado por cerca de 100 años por una forma moderna y más objetiva de elaborarla.

Aunque me basé siempre demasiado en las problemáticas que surgían de la política y del interés público, tengo que decir que se requiere buscar un equilibrio entre necesidades nacionales y las tendencias académicas internacionales. En el caso de la economía el problema es mayor porque los investigadores nacionales que hacen parte de las comunidades internacionales no son muchos y son poco entendidos en la mayor parte de los escenarios académicos colombianos; se les evalúa con criterios atrasados frente a lo que pueden estar contribuyendo. Hay publicaciones del banco central, de planeación o de Fedesarrollo que no son digeridas por los profesores y estudiantes de buena parte de las universidades del país, a pesar de que su problemática es muy la del país. Pero estos investigadores de élite deben hacer también un gran esfuerzo de traducir sus ensayos a un lenguaje más inteligible que los haga más digeribles por estos círculos más amplios. Esto está sucediendo de todas maneras y algunos investigadores jóvenes están logrando combinar su participación en círculos internacionales y conquistando un público local creciente para sus trabajos. Las revistas de las universidades son poco meritocráticas y más bien buscan promover las publicaciones de sus asociados, quienes, como recuerdan ganan generosos puntos por ellas, siendo de esta manera presas del colegaje sino de la politización, a veces con resultados y calidades en verdad lamentables. Faltan pues revistas que sean suprauniversitarias y que cuenten con comités de selección y jurados calificados y anónimos que hagan posible alcanzar una alta calidad.

Yo no practiqué lo que recomiendo hoy en día y es que los investigadores de economía e historia económica hagan parte de comunidades académicas

internacionales, que publiquen en sus revistas en Inglés y que después traten de traducir al lenguaje que entiende la comunidad colombiana, que desafortunadamente no está muy involucrada con las tendencias internacionales. Lo ideal es recoger una problemática local y lanzarla a su discusión internacional, pero lo que sucede frecuentemente es que la dinámica surge de los investigadores más productivos de los países avanzados y ellos determinan más la orientación que asuma la disciplina. Pero sí he mantenido un interés permanente por varias áreas de la economía y de la historia económica, asisto cada vez que puedo a reuniones internacionales y el Internet facilita mucho hoy en día la difusión de la información y los contactos.

Hacia el institucionalismo

En los noventa comencé a entender que el país debía estar abierto a los flujos de comercio y de capital y debía devorar la tecnología internacional; me pareció de esta manera que la apertura conduciría a un mayor progreso material y político, a que la sociedad se organizara por principios igualitarios de competencia y no los tradicionales del privilegio que otorga la cuna, la mordida o la protección especial. Implicaba tanto modernización productiva como cosmopolitismo cultural. Dejé atrás así la idea del proteccionismo que nunca había abrazado completamente, porque es mirada con mucha animadversión en los textos originales marxistas y a veces se destacan en ella inclinaciones xenófobas. La interpretación marxista latinoamericana si fuerza este ingrediente nacionalista y no considera los elementos regresivos que contiene, en especial la protección agrícola que reduce los salarios y aumenta las rentas de los terratenientes. Lo que les comentaba atrás, el hacer parte de una conciencia colectiva, me había conducido a ser poco riguroso frente al proteccionismo como bandera de la izquierda. Me había mantenido dentro de la esfera de la izquierda en los ochenta por influjo de los trabajos académicos de los llamados postkeynesianos, los de Michael Kalecky y de Anwar Shaikh —el primero un economista polaco que coincidió en varios aspectos con la macroeconomía keynesiana pero viniendo del marxismo, mientras que el segundo es un economista marxista contemporáneo, muy buen matemático a la vez— y en este momento me convencí de completar la ruptura.

El análisis de los economistas del Banco de la República me probó qué tan inadecuados eran los economistas críticos para entender los problemas monetarios, cambiarios y de coyuntura macroeconómica. Las teorías críticas postkeynesianas y marxistas atacan los desarrollos teóricos de los grandes cerebros que construyen la economía de centro y de derecha, pero desconocen los cientos de aplicaciones que personas muy bien entrenadas llevan a cabo

sobre problemas financieros, monetarios, cambiarios, macroeconómicos y fiscales. El que pretenda en los tiempos actuales enfrentar una teoría económica dominante deberá tener en cuenta el funcionamiento concreto institucional al que han contribuido analizar estos miles de investigadores. Lo demás es demasiado fácil.

Es así como un proceso de ablandamiento progresivo de la coraza marxista, que comenzó con mi abandono de la militancia en 1978, se completó sólo una docena de años más adelante. En el banco central reconocí la importancia de tener un sector financiero competitivo y profundo, cuando antes creía que era un freno de la acumulación de capital y que los mercados financieros podían ser manejados despóticamente por el gobierno. Pero sigo con la visión de que la política y la economía se deben entender como una puja de poder entre clases y grupos de interés y que el mejor sistema es el que impide que cualquiera de ellos gane una posición de privilegio.

Hoy he abandonado mi visión marxista, aunque he mantenido algunos de sus temas e interrogantes. He encontrado un nuevo equilibrio ideológico en el institucionalismo que es una vigorosa corriente internacional que está influyendo sobre varias disciplinas. Su más importante contribuyente, Douglass North, fue militante estudiantil en los años 40, bebió también de fuentes marxistas y se opuso a la participación de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial. Él ha logrado, junto con Ronald Coase, sentar las bases de una microeconomía de las relaciones sociales de producción y ha planteado el problema de las instituciones y de los incentivos que orientan las acciones de los agentes productivos y de los ciudadanos.

Ahora, quiero en cierta forma reformular mi trabajo previo, en una versión más popular que *Economía y nación*, pero más compleja que el texto de bachillerato, en fin, una Introducción a la historia económica de Colombia. Dejaría de centrarme en las relaciones sociales de producción y en los conflictos de clase, sin abandonarlos tampoco, para analizar las instituciones económicas y legales y las reglas de juego que ordenan la sociedad. Creo que el país necesita entenderse con mayor flexibilidad y relativismo. Con menos antagonismo y odios de clase; ya tenemos suficiente con los odios políticos y los que produce la guerra intestina.

Sigue siendo cierto que Colombia no atravesó por una revolución democrático burguesa, pero eso fue en Occidente un proceso de formar instituciones serias, balanceadas que impedían el despotismo y la irresponsabilidad y no un simple proceso anárquico de destrucción de los derechos de propiedad de los ricos, la abolición de los mercados y su substitución por algún tipo de planeación arbitraria, como nos la imaginamos en la izquierda en los setenta. En primer término debe surgir un parlamento que represente efectivamente a los

contribuyentes y a los ciudadanos. El país requiere también un sistema de justicia imparcial que le devuelva la confianza a la población en el prójimo y en sí misma. Se debe dejar atrás el pasado irresponsable de estar emitiendo en exceso, a favor de intereses particulares y del gobierno, con lo cual se imponía un impuesto inflacionario que se justificaba porque la gente no se daba cuenta del mismo.

A manera de conclusión

Esa es la historia que quiero presentarles a ustedes. Fue un privilegio el haber podido combinar la investigación básica en historia económica con la política y ser conocido por públicos más amplios. Les he brindado una visión de los cambios que fuimos afortunados en poder introducir en un medio dominado por una visión política y académica del pasado muy conservadora, aislada de los medios académicos internacionales, que se mantuvo por demasiado tiempo y que se hundió estrepitosamente bajo el peso de las nuevas necesidades del país, de nuestros embates y de sus grandes debilidades, para nuestro solaz. Quiero pensar que nuestra interpretación de la sociedad contribuyó de alguna manera a sustentar los cambios que introdujo la Constitución de 1991 a la estructura centralista y clientelar del sistema político colombiano. Un balance de ella sobrepasa el tema de esta ponencia, pero no creo que haya transformado profundamente las relaciones sociales y políticas, aunque es de alguna manera un avance modesto en el curso de la historia colombiana.

Hoy en día las ciencias y las profesiones están más consolidadas en el país. Eso también significa que este campo será menos excitante hacia el futuro, más demandante de disciplina y entrega y posiblemente obtenga menos reconocimiento público. Se deberán perfeccionar los textos escolares y universitarios. Habrá que hacer las pequeñas contribuciones del especialista, que es la forma natural como se lleva a cabo todo el proceso de división del trabajo en las ciencias y en las profesiones. Jesús Antonio Bejarano y Jorge Orlando Melo miran con pesimismo los nuevos desarrollos en los campos de la cultura y las mentalidades, la vida cotidiana y las costumbres que consideran como minimalistas y carentes de rigor. Sin embargo, los investigadores irán madurando y sobreaguarán los trabajos de mejor calidad. En eso está el campo de la historia en general. En la historia económica se dan aportes de historia local, regional, de temas y períodos bastante precisos, historia bancaria y financiera, de industrias en particular, de sectores como el artesanal, etc. Eventualmente será necesario que surjan trabajos de carácter sintético y totalizador que traten de integrar los trabajos especializados hacia nuevas interpretaciones que contribuyan de alguna manera a entender mejor y enderezar al país en el futuro. Se puede decir fácil y

sombríamente que no hemos logrado nuestros fines políticos pero nuestra tarea intelectual era bastante marginal al propio devenir histórico que es muy difícil de influir. Con todo, hemos contribuido a un mayor auto-conocimiento de la sociedad y esa mayor conciencia forma ciudadanos más educados y responsables de la política. Antes creímos que podíamos lograr lo imposible. Ahora hay que resignarse a lo poco que es posible y el resultado termina siendo satisfactorio, después de todo.

El oficio del investigador en la Historia Económica

Salomón Kalmanovitz

Economista, Profesor Titular

Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional

Codirector Banco de la República

Resumen

Un reconocido economista, investigador y docente, traza aquí de modo retrospectivo y con fines didácticos su trayectoria intelectual. Lo que originalmente fue producto de una entrevista para una emisión radial divulgativa, se reelabora luego en la forma de una historia personal, en la que el autor recapitula su formación, da cuenta de las influencias intelectuales que han orientado su actividad como docente e investigador y establece un balance personal acerca de los distintos componentes de su actividad profesional.

Abstract

This is an autobiographical text, a personal story in which the author provides a comprehensive account of his political views and activities and explores the intimate relationship between the events and orientations of his career as professor, as an activist, as well as a researcher, and the development of his way of thinking.